

SINSABORES DEL PASEANTE URBANO

NOTAS PARA UN CENSO DE DISONANCIAS CALLEJERAS

La mano poderosa de la tecnología, movida por el mercado y la Administración, imprime marcas instantáneas sobre el rostro de las ciudades. En el pasado, los procesos duales de sustitución o de mantenimiento, que aseguran la reproducción del tejido urbano, solían ser comedidos, si excluimos guerras u otras calamidades. Ello venía impuesto por la limitación de técnicas y materiales. La construcción de hoy es en cambio tan expeditiva y poderosa que a bajo precio sumerge la ciudad bajo ondas de actualización, veloces como las de una página web. Ello hace que tanto el patrimonio superviviente como el sacrificado sean periódicamente cubiertos por capas nuevas de ciudad; y que no pocas de las intimidades que componen la fisonomía urbana sean desfloradas para instalar sobre ellas un rictus vacuo.

Al recorrer las calles y plazas en nuestras ciudades, notamos cambios de atmósfera que nacen de las reformulaciones del espacio público. No se tratará aquí de los procesos de fondo: tanto de creación (nuevo urbanismo ¿clarificador o descarriado? y arquitectura de nueva planta) como de destrucción (vaciamiento edilicio, fachadismo, desaparición de manzanas enteras, derribo de patrimonio). Interesa más bien inventariar algunas intervenciones funcionales o cosméticas que, al actualizar la ciudad, la cuelgan en la red de lo banal, sustituyendo las formas singulares de su espíritu por manierismos y muletillas extraídos del almacén global. Se aspira pues a resumir algunos vicios de la composición del espacio público contemporáneo en el sur de España.

SOBREAMUEBLAMIENTO

La misma tendencia a la acumulación que aflige nuestros hogares se hace sentir en las calles. Sucesivos desembarcos de equipamiento se congregan en aceras y enlosados. Farolas, bancos, papeleras, quioscos: elementos indispensables, es cierto; pero el cónclave de señales viarias, semáforos, parquímetros, cubas de obras, contenedores, rampas de acceso, bombos, toldos, equipos de aire acondicionado, mace-



tones de separación, sombrillas, vallas, bolidos y marmolillos llega a engendrar cacofonías irrespirables. Las calles angostas del sur, con su antigua desnudez serpenteante de cal y barro, sufren más que otras de este hacinamiento.

ZUMBIDOS, TABLETEOS, ALARMAS

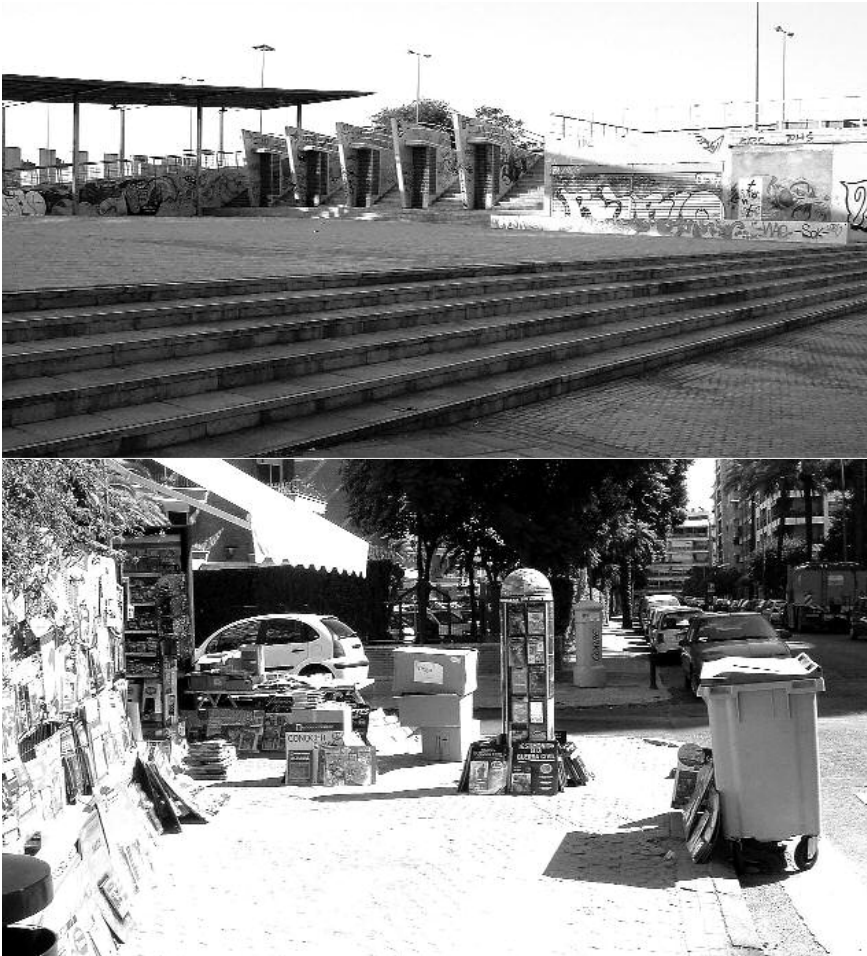
Los equipos climatizadores, además de sacar a la calle sus protuberancias y mojarla con sus goteos, comunican al aire una pertinaz suciedad acústica de temblores y moscardoneos. Es una nota pedal, grisácea y sofocante, que llena las callejas de los cen-

tros urbanos y se vuelve particularmente inhóspita en verano. Añádase la contribución de las alarmas de comercios y coches; o el crepitar de los motores. Si uno de los placeres de la arquitectura es el suspense de los ecos y el resonar de los pasos (Rasmussen), puede temerse la extinción de esta rama epicúrea bajo la ingrata banda sonora que le imponemos.

SOBREILUMINACIÓN

Los municipios creen su deber instalar alumbrado público de alta intensidad. Los hitos patrimoniales son subrayados por focos estentóreos. La intimidad de callejas y callejones se sobresalta con potentes irradiaciones. Es un proceso que hunde sus raíces

en varias fuentes: el miedo al asalto nocturno; un pueril exhibicionismo de los objetos patrimoniales; la tendencia ostentosa a iluminar los sitios de reunión y asueto, que ha convertido las cervcerías y marisquerías en salas de quirófano. Las ristas de bombillas en los veladores de barrio son reemplazadas por impertinentes proyectores halógenos. Luminarias propias de estadio de fútbol invaden las plazas. Estas penetrantes fuentes de luz avasallan el espacio público y lo despluman de sus penumbras y secretos; en particular, las grandes luminarias introducen una escala colosal



que parece querer forzar los tamaños de la deambulación y la divagación nocturna.

SUPERFICIES DURAS

En jardines, plazoletas y paseos, el albero y la tierra pisada hacen recordar a la ciudad el paciente suelo que duerme debajo. Pero las nuevas obras son unánimes en ir desterrando estos materiales, para implantar duras superficies de losa artificial, hormigón, mármol o cerámica. Un hieratismo de inspiración minimalista esclerotiza las calles. A cambio de algunas ventajas para el tránsito invernal, la ciudad se vuelve inhóspita: la acústica callejera se destembla y la irradiación solar rebota fatigosa. Una solución conciliadora, alternar pasarelas peatonales con recuadros de albero, parece ir quedando en el olvido.

FILOS, ARISTAS Y ORTOPEDIA

Muchas de las recientes reordenaciones de plazas se erizan de aletones, aristas y escalones, sobre todo si hay algún desnivel que salvar. Las superficies duras suelen ser de módulo grande (placas y losas), siendo infrecuente en las nuevas obras el enladrillado o el adoquín; la tradición del sur no ha consolidado fórmulas adaptables al relieve

como el petit pavé francés o los calcetamentos portugueses. Ello conduce a la articulación en planos, con encuentros en arista, renunciándose a transiciones suaves que preserven la orografía. Nace un espacio crispado, hirsuto de espolones, filos y resaltos, que obliga por añadidura a enfatizar la dimensión ortopédica: rampas de acceso, pasarelas, barandas. Muchos remansos urbanos, de altimetría simple (un simple salón plano, o una superficie alomada, resuelta con pavimento menudo), han sido convertidas en plazas karatekas, que ofuscan la visión y enervan la convivencia. Este proceso se acentúa en los pueblos serranos. En ellos, el acceso a las casas, dado el desnivel de las calles, se salvaba a menudo con bancales y andenes, cuyas formas aturronadas (la granazón de las piedras y la marea de la cal) eran, dentro de lo abrupto, gentiles. Ahora se tiende a reformular estos muelles callejeros con enfoscados planos, barandas y aristas, lo que endurece hasta lo indescriptible la fisonomía de los pueblos.

CERCAS, REJAS Y ALAMBRADAS

Actualmente se tiende a confiar las tareas de represión ciudadana, no a la mutua persuasión, edificación y vigilancia dentro

del grupo, sino a la coacción física. En la ciudad, se configura lo prohibido como irrealizable; de lo preceptivo o deliberativo (cultural) se pasa a lo coercitivo (material). Los parques se rodean de rejas y se cierran a calicanto por la noche: ante la incapacidad del sistema para regularse a sí mismo, evitando o reconduciendo vandalismos, se opta por una política de privación colectiva. Como no sabemos jugar, se pincha la pelota. Es importante recordar que esto no es un signo inevitable de la modernidad, sino un rasgo desgraciado y un fracaso de la convivencia española. El Real de la Feria de Sevilla, espacio de gran valor que podría servir de paseo (esmerando su jardinería) durante todo el año, se cerca con indignos vallados apenas terminan las fiestas; y allí permanece como un corralón desierto todo el año, a la luz de sus farolas metafísicas. Esta tendencia se ha exacerbado recientemente: las calles jalonadas de marmolillos, las vallas de contención peatonal en bordes de aceras y medianas de bulevar, los adarves enrejados, las urbanizaciones blindadas, los bajos de pilotis enjaulados, el carril bus deslindado con topes, los bares de movida nocturna entre alambradas.

LAS TERRAZAS; EL COMERCIO

La estandarización está comprimiendo el repertorio de formas que antes ofrecían tiendas y bares. Al mismo tiempo que los equipamientos se multiplican, sus fuentes estéticas se estrechan. La procedencia en unos pocos grandes distribuidores está uniformizando el aire de las ciudades. Sombrillas y toldos de gran formato, sobre peanas de hormigón blanco, tapan cielo, nubes y pájaros. De noche siguen abiertos, ya sin otro objeto que la pereza de plegarlos. En su séquito van escaparates y cartelaría; expositores; macetones de veladores; tabladillos, pretilos y paravientos; alfombras callejeras; farolas de restaurante; calentadores de exteriores. Todos estos equipamientos crecen hasta el absurdo, privatizando la calle y tapando las vistas. Son arrebatadas por el lucro funciones municipales como el alumbrado o el acondicionamiento de las aceras. Y así nos asaltan el barrio de Santa Cruz en Sevilla o la Judería de Córdoba con un derroche de luces sobre luces, de estufas-farola, de mesas con manteles y jarrones, y repelente prodigalidad de rejeras y azulejos comerciales. ¿No sería más digna una obra de fábrica que alguna de las miserables barracas de lona y plástico, con paravientos de color ala de mosca, que protegen en Sevilla las terrazas del Guadalquivir?

Los barrios comerciales multiplican también su traqueteo de zócalos, escaparates, marquesinas, rótulos luminosos y cerramientos. Los hoteles nos hastian con sus colecciones de banderas. De los quioscos desbordan cartapacios y baratijas sobre las aceras. En las calles tortuosas y estrechas del sur, la irrupción de estos y otros elementos seriados, invasores, proliferantes, es un factor de transformación intensísimo. Se necesita mucha capacidad de abstracción para seguir reconociendo y saboreando la ciudad bajo este primer plano visual, dominado por la rebatiña comerciante.

FACHADAS CAMELIZADAS, GARRAPIÑADAS, PLANCHADAS

En el tratamiento de las texturas en la edificación heredada, también impera la nueva tecnología. Los muros son la piel y la mirada de la ciudad. Al sepultar con acabado industrial las pátinas, estremecimientos e indecisiones acumuladas por el tiempo podemos quedarnos con una piel urbana tan postiza como la extraterrestre blancura de Michael Jackson. Es frecuente la operación de planchado: una epidermis de grumosa cal histórica se ve suplantada por implacables planos de enfoscado en mortero o cemento, recubiertos por pintura plástica. Otra opción es el caramelizado; el edificio se remoja con apliques suministrados por los grandes almacenes de la construcción: zócalos de cerámica vidriada, cenefas en relieve seriado, guarnición de vanos, farolillos, esquinazos y azulejos, balaustres, texturas en gotelé, motivos semanaseros y remates rococeros. A ello se añaden, a menudo por mandato municipal, las rotulaciones ñoñas y las innumerables placas conmemorativas. El resultado: la pared desnuda, cuyo único adorno era el temblor de la forma, va siendo un hallazgo insólito en nuestras calles y callejas.

LA FLORA CONTINGENTE

Desde que corrió la voz de que la vegetación era mobiliario urbano, la flora de la ciudad recibe el trato displicente que se atribuye a lo efímero y transeúnte. Cuando suenan los eufemismos burocráticos ordenación o gestión del arbolado, hay que ponerse a rezar por los árboles. En menos de lo que canta un gallo, una feroz poda o tala ha de borrar de nuestra vista los nimbos verdes que la consolaban. Porque los gestos hablan de los árboles en forma cuantitativa: tantas unidades o docenas; total es su desinterés por edad, especie, valor patrimonial, aportación al paisaje o ecología urbana. Crean expiar el pecado de arrasar ár-



boles venerables poniendo en su lugar naranjos de chupachú y ofertas de vivero: naturaleza tipificada. Los árboles singulares, supervivientes aislados que remiten a etapas sumergidas de la vida de la ciudad, son sometidos a reordenación igualitaria. ¿Por qué esta hostilidad a lo diverso, a lo peregrino? ¿Por qué escasean tanto las alineaciones con especies alternadas? Otro fruto de considerar la vegetación como un aplique de quita y pon es el recurso a los macetones; tan olvidada está la tierra primigenia de la ciudad, que no se concibe plantar arbustos y flores sobre el mismo suelo de la acera. Y en estas latitudes áridas, la vida de plantas en maceta callejera suele arrastrarse exangüe y agonizante.

TUGURIZACIÓN DE LAS AZOTEAS

Subir a lo alto de una torre o mirador es un placer y una inhalación de distancias. La ciudad se convierte en una cartografía viva

y desvela sus líneas y focos de composición. Gratificación, ay, que se ve empañada por el concurso de inesperadas miserias visuales: no hablamos del destello de aislantes y geotextiles, o la maraña de antenas y platos; ni de los intercambiadores del aire acondicionado; ni de los castilletes de ascensor deformados por excrecencias, no: la revelación más cruel es la de los entoldamientos, tejadillos y tugurios que hacen de las azoteas un flotante barrio de chabolas. Allí chapas, plásticos, lonas y uralitas conviven fraguando precarios poblados de urbanismo clandestino.

RURALISMO DE DIBUJOS ANIMADOS

Si abandonamos la ciudad para visitar núcleos rurales que aún conserven cierto tejido patrimonial, podemos topar con un segundo espectro: la reproducción de un totum revolutum rústico, en el que cualquier nota de estilo campestre es admitida al concierto. Como en una tienda de decoración o almacén de antiguallas, todo sabor vagamente rural es bienvenido, con alegre despreocupación por su origen o pertinencia. Y el pueblo se emperejila con vallas al estilo far west, pancartones de madera, carros de labranza florales, tejadillos y chimeneas de la Selva Negra, cabañas de troncos y jaimas morunas: entre Asterix, Heidi, el Oso Yogui y los Picapiedra se confabulan para amortajar el espíritu del lugar.

CONCLUSIÓN

De Ítalo Calvino es la frase: "una antigua belleza nada puede contra una moderna fealdad". Deducimos que los encantos del patrimonio son débiles para alzar su voz sobre las estridencias del lucro y las vulgaridades de la moda. La ciudad como franquicia, amueblada y sobornada por la mercancía global; basura de signos colmatando el espacio; el patrimonio reducido a logotipo comercial; a uno y otro extremo de las autopistas, los mismos accesorios, maquillajes y apliques; adornos y reclamos que sepultan las flaquezas y los encantos de la vieja edificación. Una superficie día a día más pesada abrumando una materia urbana que se consume; centros urbanos que se desmoronan bajo el peso de placas conmemorativas, banderas y denominaciones de origen. Las ansias inexpertas de bienestar evaporan a veces la gracia del pasado. Pero el bienestar está hecho, también, de belleza.

Pascual Riesco Chueca

Las fotos son de PRCh y Maite López Suero